

El Mundial

Geronimo Bordone

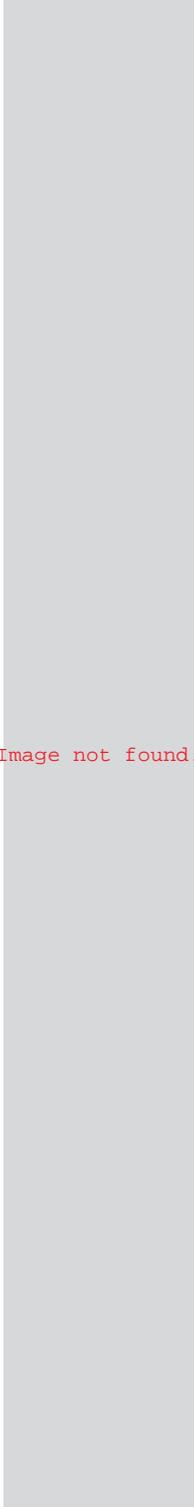


Image not found.

Capítulo 1

Era de noche y estaba completamente solo. Julio se paró frente al puente, se miró los pies y se puso a caminar. "El piso del puente no es una línea recta sino más bien una curva", pensó. "Por lo que el primer tramo lo tendré que hacer subiendo, justo en el medio ni subiría ni bajaría (por un pedacito de milímetro), y el resto lo haría bajando". "No tengo de qué preocuparme..." continuó Julio, "porque la altura del otro lado, al fin y al cabo, será igual que la que tenía el piso cuando arranqué. Solo que estaría en otro lugar, con todo un puente a mis espaldas. Pero da lo mismo."

La construcción en sí conectaba las ciudades de Prima y Dopo, que al parecer de Julio no tenían muchas diferencias. Ambas con nombres ridículos, ambas ampliamente industrializadas. Se podría decir que Prima, la ciudad que deja atrás con decisión mientras camina, tenía (en general) habitantes más jóvenes. Más aptos para las bienvenidas, las tazas de chocolate y la hospitalidad. "Y hasta cierto punto la gente hace a los lugares", pensó, pero como lugares, y solo como lugares, no había mucha diferencia. Sin embargo Julio se movía.

Caminaba lento pero satisfecho, muy consciente de la empinada inicial del puente y, dicho sea de paso, de la majestuosidad de todo ese metal en equilibrio (lo tiene de frente, así que es imposible no mirarlo con cierta dicha).

Él y sus hermanos habían pasado toda la semana en casa de su madre. Amelia le sacaba calidez hasta a un juego de ajedrez de vidrio. Le habían diagnosticado una condición cardíaca muy delicada hace unos meses y todos los profesionales que consultaron les recomendaron alejarle de su cabeza, para que no la agitara, los pensamientos de su... futuro fallecimiento. Eso, si lo que querían era tenerla por todo el tiempo que pudiesen. Podríamos pasarnos el día deliberando sobre si esa era una tarea llena de compasión o de crueldad, y ni con veinticuatro horas llegaríamos a una conclusión definitiva. Ellos, sin pensarlo demasiado, la llevaron a cabo e inventaron un mundial. De fútbol, por supuesto. La perfecta excusa para reunir a la familia sin alarmar a nadie, por todo un mes seguido. Mientras Julio sigue dejando atrás metros y metros del puente casi siente alegría por haber pensado en una idea tan redonda. Pero no es sorpresa que le haya surgido preocuparse por su madre. No es tanto que le surgió, porque era un tema tan importante en su vida que no podía ignorarlo. En realidad cuando reapareció la imagen de esa mujer en su cabeza lo que le sorprendió fue todo el tiempo que había pasado *sin* recordarla. Supongo que cuando cargamos con algo amargo encima y nos ponemos a caminar, nos apura una palpable sensación de fuga. Pero no era así en realidad. Julio estaba viajando a pie, nada más.

Mientras camina observa un poco de reojo, un poco de frente, una obra en construcción cubierta. La deja atrás y el frío que poblaba toda esa cueva moderna le recorre el cuerpo. "Meses debe pasar ese edificio sin recibir ni un poquito de sol", pensó. Siempre le molestó el clima cálido y le pareció casi humorístico lo fácil que sería solucionarlo. "Que no llegue el sol. Con que no llegue el sol adentro va a seguir haciendo frío". Seguir haciendo frío, como si el frío viniese primero.

Los partidos eran viejos. Algunos de mundiales pasados, otros amistosos. Se necesitó un poco de astucia, de actuación y de retoques finos. Pero Amelia sabía poco y nada del deporte y no fue difícil convencerla. El desencanto estaba recién llegando ahora, en cuartos de finales. Algunos comentarios de ella insinuaron cierta debilidad en el engaño. Si les soy honesto Amelia ya se había dado cuenta y los chicos lo suponían. Ella fingía ignorancia pero no porque le temblasen las rodillas, sino porque estaba contenta. Hemos escuchado esta historia antes, no me lo reprochen. Si le das una barrita de cereales a un pobre no le va a andar mirando la fecha de vencimiento. Amelia había vivido y había vivido bien. No solo parecía estar pasando sus últimos momentos con sus hijos cuidándola, sino que les podía dar el gusto de hacerles creer que le estaban salvando la vida. O que se la estaban extendiendo, porque "salvar la vida" nunca es eterno.

Mirada abajo, Julio sigue caminando. Se sorprende, o algo similar, y alza la vista. "No hay nadie pasando por acá", murmura y hace algo raro con los ojos. Se dio cuenta porque sabe que está en ese horario en el que es a la vez demasiado temprano y demasiado tarde como para estar caminando solo. Pero no hubo ningún personaje nocturno que lo haya puesto en alerta. "Personaje nocturno...", rió en voz baja. "Chorro, ladrón, malviviente como les dice mamá. Mamá...".

"Es imposible que haya pasado alguien por este puente y no lo haya visto. Autos para distraerme tampoco circularon. Los motores hacen ruido. Un auto pasando desapercibido, eso es una ocurrencia. Curioso lo inhóspito, digo, porque este puente es grande. Mierda, es muy grande. No me di cuenta ni bien me subí. Si lo hubiese sabido me tomaba un taxi para cruzarlo. Y de paso le daba la dirección exacta. Creo que me la acuerdo de memoria. ¿Podría haberme tomado un taxi antes de empezar a caminar, igual? Porque yo no vi pasar ninguno. Ninguno que recuerde... Ya estoy casi terminando la subida. Supongo que en bajada hasta voy a hacer lo que resta un poco más rápido y todo."

Pensó en frenar. Respirar un ratito el aire fresco, mirar el puente, disfrutarlo y después: seguir de largo. Pero le pareció poco natural. *No le tiraba* hacer eso, no hubiese estado bien frenar. Mejor disfrutar el aire mientras caminaba, que caminando el aire pega más fuerte. Así podía ver las luces de la ciudad, que aunque dormía seguía estando iluminada, y seguir pensando en el mundial. "Y si tuviese que ver

algo que se me pasó caminando por el puente no me imagino dándome vuelta y volviendo a enfilar. No, la única manera que hay de caminar para atrás, siento ahora, sería como si mi recorrido fuese un video y alguien apretase la tecla de rebobinar. Qué ridículo que quedaría." Julio había leído que caminar de esa manera (de frente pero para atrás, digamos) era efectivo para combatir el alzheimer. "Por lo menos a mamá le agarró en el corazón y no en la cabeza. Mamá sin saber quién es mamá, o quién soy yo, o quién es Beti, no es mamá".

Se acordó entonces de Beti, su hermana. Maestra de jardín de infantes, casada con un cineasta. Él siempre viajando, ella siempre supliendo de madre. Que es lo que hacen las maestras, las mejores quizás. Julio no tiene a ninguna Beti, ni a ningún cineasta. De esto también se estaba acordando, que era lo que más hacía mientras caminaba: acordarse de cosas. "Yo solo tengo a un amigo y me espera del otro lado. Mierda. Que frío". Tosió un poco y extendió las mangas de su abrigo hasta que taparon sus palmas. Se las llevó a la boca y las calentó con su aliento. El frío empeoraba de este lado del puente.

"¿Por qué nunca antes había hablado solo?", habló solo. "Está bueno. Voy a hacer eso, cuando esté solo de nuevo. Voy a hacer eso y voy a invitar al esposo de Beti a cenar con ella a casa cuando termine de hablar solo". A esta altura ya se estaba riendo de sus ocurrencias, pero cenar con ellos no sonaba mala idea. "Y más le vale que cancele el viaje, si es que llega a tener uno, porque poco lo veo a Martín. Fantástico muchacho".

Su odisea por el puente comenzaba a parecer una aventura. Algo que le contaría a la familia cuando terminase. Sabría perfectamente cómo empezar: "El otro día me dispuse a cruzar el puente que conecta...", bueno ya ni se acuerda qué ciudades conecta. Lo que sería difícil es responder a la obvia pregunta: "¿y qué paso?". "Caminé, Beti. ¡De alguna manera se cruza el puente!". Todos se reirían con esa respuesta. O por lo menos él. Él y Amelia. "Es más fácil sacarle una risa a alguien que se está muriendo, yo lo sé".

"Esa obra en construcción parece un sauna ahora mismo". Se dice. *Una* sauna, Julio. Sauna es femenino.

Hubo un buen rato de la bajada en el que no se le pasó nada por la mente. Puf, ruido blanco, granulado de tele que ya no anda. Granulado que se veía antes, granulado de antena inútil. Después se puso a llorar. Se acordó de cuando estaban festejando un gol y se puso a llorar. "No quiero que se termine el mundial". Se terminase o no, la vida de su madre no dependía de los partidos. "Ya sé que Amelia puede morir antes de que termine" se respondió, "... o después, también" continuó, e incluso eso era cierto. "Pero faltan las semis y después la final y después nada", volvió a pensar en el granulado obsoleto. "En la final ganamos, ¿no? Seguro que edité para que ganáramos pero nunca se sabe conmigo.

Cuando termine de cruzar lo reviso". Se secó las lágrimas con las mangas que todavía no dejaban ver ni los dedos de sus manos.

Martín había hecho una película que todos decían que era interesantísima. Aclamada por la crítica, ganadora de algunos premios pequeños. Un sueño, para el joven cineasta novio de Beti. La idea era robada, pero la ejecución impecable. "Muy larga, me pareció", acotó Julio. "Absolutamente brillante en todo sentido, probablemente no esté capacitado para apreciarla. Pero demasiado larga". Como este puente. "Sí, como el puente. Tirando al final te daban ganas de apagarla y echarte a dormir, la verdad".

Volvió a pensar en Amelia, itanto tiempo sin pensar en Amelia! Hubo una ocasión en la que a Julio lo habían molestado en la escuela. Golpeado un poco también. Era mucho más alto que el resto de sus compañeros. "Lo único que sos es un adelantado, Julio", le decía Amelia cuando le limpiaba la sangre de la rodilla y del codo. "Para cualquier tipo adulto... tipo grande, sos un petiso. ¿Pero para esos nenes? ¡Señoras y señores tenemos al abominable hombre de las nieves!". Julio se acuerda de pensar "¿qué significará `abominables´?" pero también de sentirse a gusto. La madre se iba al fondo y le preparaba un té con canela. Y se acuerda del olor de la canela, del paso tranquilo de los borcegos de mamá y el ruido que hacían con la madera del piso y ¿quién usa borcegos ahora, mamá?, qué rico huele el té y qué rico sabe y qué sueño que ten-.

"Mierda, se me terminó el puente". Volvió a hacer esa cosa rara con los ojos, pero esta vez buscando a alguien. Vio a su amigo y lo saludó. Él le devolvió el saludo. Cuando Julio terminó de bajar, su amigo le regaló una bufanda. "Ahora llegamos a casa y te sacás todo el abrigo, pero hace frío por acá". "Por acá... ¿Cómo se llamaba esta ciudad al final?", pensó y luego le preguntó algo al hombre. "¿Por qué no hay nadie en la calle?", dijo. "¿Y qué esperás? Son los cuartos de final, viejo...". Le devolvió una risa.

Dejando atrás el puente, Julio se encontró con Agosto.